

BUCLE

AUTOR: SEÑOR LÓPEZ

Siempre se olvidaba del pan. Y eso que era lo último que le decía su mujer antes de salir de casa por la mañana. No un «que tengas un buen día» o un beso. «Que no se te olvide comprar el pan cuando regreses del trabajo». Pese a ello, solo se acordaba del pan cuando ya buscaba las llaves para entrar en su portería.

Esa tarde no fue distinta.

Aprovechó para encenderse un cigarrillo mientras recorría las dos calles que le separaban de la panadería más cercana. Conforme exhalaba las bocanadas de humo pensaba que su vida se consumía con similar rapidez, encorsetada en un bucle que se repetía día tras día, pisando una y otra vez las mismas baldosas de la acera.

Al llegar a la panadería chasqueó con desagrado. Un folio, enganchado con cinta aislante en la persiana metálica, informaba de que ese día habían cerrado por defunción. Miró el reloj. Eran cerca de las ocho de la tarde. ¿No querías algo que te sacara de la rutina? Ahí lo tienes, se dijo. Y sin embargo se sintió enojado. Como cuando sus hijos le pedían que jugara con ellos y él, cansado, gruñía pero al mismo tiempo se enrabiaba por no saber disfrutar de ese momento.

Si se daba prisa podría llegar a la panadería que quedaba cerca del metro. Encendió otro cigarrillo y reinició la marcha con paso acelerado.

Cuando llegó a la carretera que limitaba su barriada el semáforo cambió a rojo antes de poner pie en la calzada. Permanecería en ese color durante casi tres minutos, así que decidió cruzarla por el paso subterráneo.

Unos periódicos viejos y arrugados se amontaban en los peldaños que llevaban al túnel apenas iluminado por unos fluorescentes que titilaban. Al bajar observó en el otro extremo a un par de hombres que forcejeaban. Se detuvo. De ninguna manera cruzaría al lado de esos borrachos que seguro le involucrarían en su chaladura. De repente, uno de ellos agarró al otro por el cuello y este perdió el equilibrio. Cayó al suelo y braceó impotente, desesperado, intentando liberarse de la presa que ejercía el que permanecía encima de él. No te metas, musitó mientras volvía la mirada hacia la escalera, esperando que alguien hubiera tenido la misma mala idea de ganar tiempo cruzando el subterráneo. Pero nadie asomó. Decidió marcharse, pero antes de pisar el primer peldaño dio un último vistazo hacia el interior del túnel. El hombre que braceaba dejó de hacerlo. Sus brazos se derrumbaron como los de un títere al que le hubieran cortado los hilos. El que estaba sentado sobre su pecho dejó de estrangularlo y levantó la vista.

De un salto, pudo superar hasta tres peldaños. «No me ha visto, no me ha visto», se repetía mientras corría escalera arriba. Enzarzados en su disputa, no podían haberse percatado de su presencia. Que ese hombre hubiera muerto no era su problema, el tipo que lo hubiera asesinado, tampoco. Solo deseaba perderse entre la multitud, como si no hubiera visto ni oído nada. Cuando alcanzó la acera se detuvo un instante para recuperar el ritmo de su respiración. Demasiado tabaco. El ruido de los coches le pareció música celestial y la compañía de todos los extraños con los que se cruzaba cada día, un coro de ángeles. Suspiró. A la mierda el pan y la bronca que le iba a caer. Y a la mierda lo que había visto, no era asunto suyo. Otros se encargarían.

Al reanudar el paso, escuchó, procedente de la escalera del paso subterráneo, una voz nerviosa que le gritó: «¡Eh! Usted, espere». No podía ser, se dijo sin girar la cabeza. «Un momento, deje que se lo explique», insistió la voz.

El asesino lo había visto.

Aceleró el paso sin mirar atrás. Esquivando y, a la vez, buscando cualquier transeúnte que le ocultara de la vista de aquel asesino. Debía escapar, ir a casa, donde recibiría el reproche de su mujer por haberse olvidado del pan y las peticiones de sus hijos para jugar con ellos a la Play cuando terminaran los deberes. Dobló la esquina. Esta vez no esperó a que el semáforo cambiara a verde para cruzar la carretera. Había sido rápido. Seguro que lo había despistado. Su portería quedaba a apenas diez metros. Le faltaba solo eso para mandar el incidente al lugar de las pesadillas. Buscó las llaves en su bolsillo sin aminorar la marcha. Entonces, un pensamiento le heló la sangre. ¿Y si seguía tras él? Aunque le diera tiempo de entrar en su portería, el asesino habría visto dónde vivía, conocería dónde dormían sus hijos y su mujer. Siempre podría llamar a la policía. ¿Pero qué iba a denunciar? ¿Que había sido testigo de cómo un hombre de unos cuarenta años con el pelo moreno había cometido ese asesinato? Era muy poca cosa para que pudieran identificarlo y, mucho menos, detenerlo. Debía volverse. Debía asegurarse de que no lo seguía. Aspiró profundamente antes de voltear la cabeza y fue entonces que sintió el peso del mismo infierno caer sobre sus espaldas. El asesino aparecía, en aquel instante, por la esquina y, al ver que lo observaba, le hacía señas con el brazo para que se detuviera.

Guardó las llaves. Pasó por delante de su portal con indiferencia. ¿Qué daría ahora por entrar en él? El vestíbulo se encontraba iluminado. Pensó en que la anciana entrometida del quinto debía de haber entrado tras sacar de paseo a su perro. Suspiró. Miró hacia

adelante. Tal vez podría dirigirse a la rambla. A esas horas los comercios se encontraban cerrados, pero las terrazas de los bares solían estar repletas. Quizá allí podría darle esquinazo. Solo bastaría un parpadeo para que lo perdiera de vista. Solo eso.

Siguió caminando. Sin girar la cabeza.

Las mesas de los bares poblaban la superficie de la rambla, pero no en el número que hubiera deseado. Sentía flato. Había andado muy deprisa. A lo mejor, el asesino se había cansado de seguirlo. Observó un grupo de personas arremolinadas en una parada de autobús. Se unió a ellas y, discretamente, se giró. El asesino cruzaba en ese momento el parque de los columpios, con la vista puesta en él. Decidido a cogerlo. ¿Acaso ese hombre no se daba cuenta de que lo único que quería era olvidarse del asunto? ¿No entendía que jamás llamaría a la policía? ¿Que lo único que quería era volver a casa y ducharse con ese jabón espantoso que compraba su mujer?

Se sintió cansado. Sudoroso. Podría entrar en alguno de los bares. Quizá fuera suficiente. Podría coincidir con ese segundo en el que el asesino estornudara, tosiera o pestañeara. Y, si no, al menos tendría unos instantes de calma. Allí no podría hacerle daño. En el peor de los casos, si llegaba a entrar en el local y se sentaba en la barra, a su lado, podría llamar a la policía. Tal vez bastara con mostrarle el móvil; tal vez así se marcharía para no verlo nunca más.

Elegió el local donde quedaba con sus amigos para tomar unas patatas bravas con cerveza cuando era adolescente. Al entrar sintió el frescor del aire acondicionado sobre su piel pegajosa. Eso lo reconfortó. Se sentó a la barra, a continuación de un anciano que leía un periódico deportivo y un par de veinteañeros que tomaban un tubo de cerveza. Sus cuerpos le ocultarían de la vista del asesino pero él podría controlar la entrada. Pidió un café y resopló. En la televisión daban un partido de fútbol.

El camarero le sirvió el café y dejó el platillo con la nota a su lado. Cogió el sobre de azúcar y lo movió para que su contenido se depositara en el extremo opuesto al que iba a rasgar. Con disimulo, se echó sobre la barra. El asesino se encontraba detenido en mitad de la rambla, mirando a un lado y otro. ¡Lo había despistado! Ya estaba a salvo. Se tomaría el café con calma. Le daría a ese hombre el tiempo necesario para rendirse. Y entonces podría regresar con su familia. Su mujer le preguntaría por el pan, y hasta le interrogaría buscando la confesión de algún desliz de cuarentón aburrido. Lo soportaría. Incluso, hasta le haría el amor esa misma noche, aunque no fuera sábado. Escudriñó de nuevo la calle. El asesino ya no se encontraba allí. Apuró el café y dejó la moneda de euro y la de los diez céntimos sobre el platillo. Bajó del taburete y se remitió la camisa en los pantalones.

Había anochecido. Sintió la humedad de julio al salir de nuevo a la calle. Y agujetas en las piernas. Pero también una calma desconocida en los últimos años. Sacó un cigarrillo. Uno de esos que se fumaba cuando todo había salido bien. Esos que disfrutaba calada a calada. Cruzó el parque de juegos infantiles donde unos niños árabes se balanceaban en el columpio. Consultó su reloj, hacía más de una hora que debía estar en casa. Su mujer le iba a matar. Sonrió.

Nadie transitaba por la calle. Sus pisadas resonaban como si llevara zapatos de claqué. Y fue entonces que, sin poder ubicar de dónde, lo volvió a escuchar:

«¡Eh, usted! Deje que se lo explique, será solo un momento. No quiero hacerle daño».

Comenzó a correr por puro instinto, sin saber si lo hacía en dirección al asesino o alejándose de él. ¿Cómo lo había seguido? ¿Desde dónde lo había estado vigilando? Se dirigió hacia la parte vieja de la barriada, repleta de solares y casas ruinosas. Se sentía cansado. Muy cansado. Se giró. A unos veinte metros, el asesino braceaba. La poca

iluminación de la calle no le impidió ver su mirada desesperada, su infatigable obstinación por darle caza: por terminar con el testigo de su crimen. Comprendió que jamás abandonaría la persecución.

Tenía que armarse de valor. Debía enfrentarse a él. En ningún momento lo había visto armado. Mató a aquel hombre con sus propias manos. Y no era ni más alto ni más fornido que él. Cuando menos estaban empatados físicamente. Observó un solar que lindaba con una casa tapiada con tablones en puertas y ventanas. A buen seguro, allí habría piedras voluminosas con las que defenderse.

Al adentrarse en el solar se hirió en la pierna con unos alambres. Pero no sintió dolor. Recogió un ladrillo roto y se apoyó contra la pared de la vivienda abandonada. Escuchó los pasos acelerados del asesino. Fijó su mirada sobre las baldosas de la acera, esperando la sombra que anunciara el momento justo para abordarlo y golpearlo en la cabeza. Una gota de sudor le entró en el ojo. Sintió un escozor insoportable.

Pero aguantó.

Y esperó.

Lo alcanzó de lleno en la frente. El asesino se tambaleó hasta caer sobre la acera. Lo arrastró al interior del solar mientras se retorció de dolor. ¿Qué debía hacer? Jamás podría estar seguro mientras ese hombre siguiera vivo. Ni él ni su familia. Echó un nuevo vistazo a la calle y, tras comprobar que permanecía desierta, se giró hacia aquel asesino que intentaba incorporarse mientras un río de sangre manaba de su frente. Cogió el ladrillo con fuerza y le golpeó de nuevo. Cayó de costado. Con premura, se sentó sobre él y machacó su cráneo, un golpe tras otro, hasta que el ladrillo se rompió y los trozos se clavaron en el rostro de aquel monstruo. Había muerto. Y él podía regresar a casa. Echó la cabeza hacia atrás. Sintió una acogedora brisa que le refrescó la piel.

Un ruido a sus espaldas lo sobresaltó. Se giró con rapidez. Alguien corría calle arriba. ¿De dónde había salido ese hombre? Seguro que lo había visto. Seguro que pensaría que era un asesino y llamaría a la policía. ¡Lo acusarían de asesinato! Pero él no había hecho nada malo. Solo se estaba protegiendo, a él y a su familia. Tenía que hacérselo entender. Debía explicarle que él era bueno, que solo deseaba seguir con su vida maravillosamente rutinaria, que era un malentendido, que el malo era el que estaba muerto.

Corrió tras él. Con suerte podría alcanzarlo antes de que llegara a la rambla. Estaría asustado, pero cuando escuchara su historia lo comprendería.

El hombre se detuvo junto a una farola y se giró hacia él. Era su oportunidad. Levantó un brazo para indicarle que se quedara allí, que esperara.

«¡Eh! Usted, espere. Se lo puedo explicar».

El tipo reanudó su huida. Estaba agotado pero no podía dejar que aquel hombre se marchara, que lo denunciara a la policía. Debía hablar con él.

«Un momento, deje que se lo explique», gritó otra vez mientras cruzaba una esquina.

«¡Deténgase, por favor!».

«Por favor».